



www.loqueleo.com

© 2016, Carlos Arcos Cabrera

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-525-8

Derechos de autor: 050848

Depósito legal: 005853

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Julio 2016

Tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Paula Terán Ospina

Actividades y corrección de estilo: María Gabriela Tamariz

Diagramación: Ramiro Jiménez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El hombre-pep y las tablillas de la memoria

Carlos Arcos Cabrera



loqueleo



A los lectores	9
0	11
I	19
II	39
III	47
IV	55
V	65
VI	75
VII	85
<i>Post scriptum</i>	91
Biografía	93
Cuaderno de actividades	95

A los lectores



Hace años visité el Museo de Jama, una pequeña ciudad en el norte de Manabí. Las figuras de mujeres con ricos tocados llamaron inmediatamente mi atención, así como los vasos ceremoniales con diferentes formas y texturas; también lo hicieron la iguana, que tiene un desconcertante parecido con los dragones de Oriente, y una fuente de cerámica de la forma estilizada de un murciélago de alas abiertas. ¡Fascinante!

De pronto, ante mi sorprendida mirada, se desplegaron las estatuillas de hombres navegando y pescando sobre frágiles embarcaciones: los remeros de don Juan. Les di ese nombre pues allí, en la playa de aquel pequeño poblado cercano a Jama, los había encontrado un visitante. O tal vez deba decir que escogieron a ese visitante para presentarse ante nosotros. Era tan viva su representación que los vi deslizarse sobre la brillante superficie del mar mientras sus fuertes brazos hendían el remo. Expresaban una inmovilidad que, paradójicamente, contenía todo movimiento.

Cada uno de esos pequeños hombres de arcilla, cada una de las figuras del museo, tenía una historia. Así nació este relato: una ficción sobre hombres y mujeres de una cultura hoy extinta, una cultura admirable de grandes navegantes, de profundos conocedores del mar, cuyas vidas giraron alrededor de la extracción y comercio de la concha *spondylus*, a la que los incas llamaban *mullu*, y del caracol o churo.

En mi imaginación, aquellas historias son los mitos originarios de la aldea de JAM' que fueron registrados por los ancestros de Q', por el mismo Q' y por el hombre-pezu. Para hacerlo, usaron tablillas de barro fresco sobre las que escribían y que luego cocían. Son las tablillas de la memoria.

Volví a Jama después del terremoto del 16 de abril de 2016: una ciudad destruida. El museo no podía ser la excepción. Muchas piezas yacían rotas sobre el piso. Con dificultad llegué hasta donde se exhibían los remeros. Habían sobrevivido. Fue un momento mágico. Este relato quiere que sigan bogando, esta vez en la imaginación de los lectores.

Carlos Arcos Cabrera



—Anoche hubo aguaje y ahora está brisando —comentó el hombre que las mañanas pasaba frente a la casa, camino al tupido bosque que rodeaba el lugar.

—Brisando —repetí y no pude dejar de discurrir en que la brisa es un viento suave y quizá refrescante y no la lluvia acompañada de calor húmedo presente en ese momento—. ¡Así es! —dije a manera de comentario.

—Es el invierno —concluyó antes de marcharse.

Era una mañana gris, lluviosa, húmeda, propia de la estación de las lluvias a la que equívocamente llaman *invierno*. Un invierno sin frío, por el contrario, con un calor pegajoso que puede llegar a ser asfixiante, que atrae a los mosquitos y a toda clase de bichos, lo que convierte a las noches en una pesadilla.

La noche anterior, el mar había golpeado la playa con una fuerza temible. Era el aguaje. Retumbaba incesante, al punto de que las aves nocturnas habían enmudecido y todo otro sonido había dejado de per-

cibirse. Fue como si únicamente existiera el mar. El océano y yo en la oscuridad de la noche.

12 El mar me atrae: cambia de hora en hora, de día a día y, con él, se modifica la playa. No se repite y, sin embargo, sigue siendo el mismo, o aparenta ser el mismo. Sé, todos sabemos, que la plaga humana, de la que soy parte, lo está destruyendo. Al caer la tarde procuro caminar por la playa para verlo y sentir su fuerza, a veces tan violenta que provoca temor, o la paz del suave chapoteo de las olas. De paso contemplo la puesta del sol. Aquella vez hice lo de siempre y tomé el camino de la playa.

Conocía bien aquellos parajes: incontables veces los había recorrido. Pero el paisaje estaba trastocado. El aguaje había acumulado en extensos sectores de la playa lo que los lugareños llaman *pedra de invierno* (una mezcla de pedruscos y pequeñas conchas de mil formas y colores). En otros rincones yacían troncos de árboles, ramas desgajadas y desechos de todo tipo. Venciendo los obstáculos, llegué a un lugar que me resultó enteramente desconocido, misterioso, en el que rocas con extrañas formas habían emergido del mar. Acumulé trozos de madera seca con el propósito de encender una fogata apenas cayera la noche y me senté sobre un tronco a mirar la puesta del sol.

Aquel fue un atardecer particularmente sobreco-
gidor: el cielo se tiñó de un rojo violento, que permaneció aun después de que el sol se ocultara. Titilaron las primeras estrellas y encendió la fogata. La brisa avivó el fuego y, a la vez, los recuerdos de las noches en que el abuelo, frente a la chimenea, contaba historias de miedo. Dicen que algunos lugares son mágicos, pues ese lo era.

—¿Molesto?

La voz de un hombre se elevó sobre el sonido de las olas y del chisporroteo de la leña al arder. Me sorprendió de tal forma que de un brinco me puse en pie. Había algo amenazante en aquella voz, aunque no sé si esa palabra exprese la impresión que me causó. Era poderosa, más que una voz humana. Sonaba igual que las notas más graves de un chelo.

—No se levante —continuó—: ¡Soy un amigo!

Intenté mirar su rostro, pero no lo conseguí. Un sombrero de ala ancha lo cubría, como si necesitara protegerse del inclemente sol de mediodía. Pero era de noche. No esperó mi respuesta y se sentó en el extremo del tronco, sobre el que, unos instantes antes, yo había permanecido sentado.

—El mar me habla y me cuenta historias —comentó luego de decirme que al atardecer él también caminaba por la playa.



Intentaba explicarme su súbita aparición. No le creí y me puse a la defensiva. ¿Me había seguido? Era un desconocido al que no había visto jamás en mis innumerables andanzas.

—¿Qué historias? —pregunté sin dar mayor importancia a sus palabras.

El hombre tosió, se levantó, tomó un pedazo de madera y lo lanzó a la hoguera. Las llamas que brotaron iluminaron su rostro, color del bronce, durante brevísimos instantes.

—¿Conoce algo acerca de la *spondylus*¹? —preguntó a la vez—. La concha de corazón rojo.

—Algo, algo —respondí.

La verdad es que había leído un par de libros sobre el tema, atraído por las inapreciables piezas de cerámica de la cultura local que exhibían en el museo de la ciudad, del que yo era un solitario visitante. Allí también presentaban conchas *spondylus* y caracoles.

—Antiguamente la llamaban *mullu*. —Mi escueta respuesta lo había animado a continuar—. Fueron los incas los que le dieron ese nombre. Antes tenía otro, pero fue olvidado.

El hombre repetía lo que yo ya sabía por mis lecturas. Pero pronto quedé atrapado en su relato del

¹ La *spondylus* es un género de moluscos. Es un bivalvo que posee una fuerte concha, espinas exteriores y una coloración que va desde el blanco hasta el rojo intenso. Es comestible. Fueron muy importantes para las culturas prehispánicas. Su comercio vinculó a los pueblos de Ecuador, Colombia, Perú, Bolivia, México y Centroamérica.

Reino del Mulu. Narraba de tal forma que me dominó la certeza de que había presenciado lo que me contaba, que había compartido su vida con los hombres y las mujeres de aquel reino desaparecido hacía mucho. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. No tuve el valor de interrumpirlo aunque las dudas me acosaban. ¿Cómo sabía tanto y con tantos detalles? Tal vez todo lo que me refería era resultado de una vigorosa imaginación.

El tiempo transcurrió de prisa. No me atrevía a mirar el reloj, pero supuse que era cerca de la medianoche cuando el hombre calló y dejó en el ambiente el acompasado jugueteo de las olas en bajamar. De la fogata quedaban las brasas. Me levanté a alimentar el fuego, cuando escuché que decía:

—¡Adiós! En otra ocasión seguiremos hablando.

No me dio tiempo de reaccionar y desapareció en la noche. No supe su nombre, no me lo dijo ni yo tuve la precaución de preguntárselo. Tampoco indagué sobre el lugar donde vivía y muchas preguntas quedaron sin respuesta. Regresé a mi cabaña y, como un sonámbulo, tomé nota de lo que había escuchado.

Los días siguientes pregunté a los pescadores si lo conocían. Invariablemente recibí por respuesta un rotundo *no*. Con el tiempo, llegué a sospechar que ocultaban su identidad: era alguien de quien no se



debía ni se podía hablar, cuyo nombre y lo que se sabía sobre él era mejor ignorar.

Olvidé el encuentro con el hombre de rostro de bronce (así comencé a llamarlo), la historia que me contó y las notas que tomé. El caluroso invierno dio paso al fresco verano (suena contradictorio pero así es para la gente del lugar), en el que el viento que sopla desde el mar refresca las tardes y las noches. Una madrugada soñé que aquel hombre me hablaba.

—No permitas que la memoria muera —me dijo y me obligó a recordar nuestro lejano encuentro.

Me desperté sobresaltado con la convicción de que no había cumplido con una tarea. Busqué el cuaderno y, venciendo la torpeza que me caracteriza cuando de escribir se trata, comencé a trabajar sobre las notas que había tomado luego de aquel lejano y misterioso encuentro, y a borrar este libro. Trata sobre los mitos del *mullu*, nombre que los incas dieron a la concha de corazón rojo, el color que condensa las pasiones humanas. Ese nombre, al igual que su nombre originario, se ha perdido y ha sido reemplazado por el de *spondylus*, su denominación científica, que nada nos dice.

Son los mitos de una cultura ya extinguida, la de JAM', cuyos despojos han llegado hasta nosotros y que, antes que ofrecernos respuestas, nos colman de preguntas.



Soy WHU', de la aldea de JAM'. Nací en el tiempo en que las ballenas llegan desde el territorio de la estrella solitaria. Son mensajeras del frío y de las aguas profundas. También son veneradas pues confirman que la vida inicia un nuevo ciclo.

Una poderosa maldición (eso creí durante mucho tiempo) hizo que naciera con unas piernas delgadas y torcidas que colgaban de mi cuerpo, inservibles, como la cola de un pez muerto. Además tenía la frente tan desproporcionada que parecía no tener comienzo ni fin. Me parecía más a un pez que a un humano.

Cuando nacía alguien como yo, un niño-peze, la gente de la aldea esperaba que muriera. Así era, así debía ser y ninguno sobrevivía. Apenas llegaba la muerte, los ancianos del Consejo colocaban el cuerpo en una pequeña balsa adornada con conchas *mullu* de corazón rojo, intenso como la sangre, junto a un cuenco con carbón ardiente (que uno de los hom-

bres alimentaba con polvo sagrado), del que se elevaba humo azulado con olor a bálsamo, copal y palo santo. En una de nuestras poderosas embarcaciones llevaban la balsa con el cuerpo del niño-pezu difunto.

20 En cuanto llegaban a las aguas profundas, los ancianos entonaban canciones muy antiguas, acompañadas de flautas de caña y tambores. Eran letanías en las que nombraban a cada uno de los seres del mar. Los ancianos terminaban de cantar y tan solo se escuchaba el agua golpeando los gruesos troncos de la embarcación. El más sabio oteaba ensimismado el mar, esperando una señal. Todos lo observaban expectantes o temerosos de ver salir del agua y saltar sobre ellos a alguno de los monstruos que habían devorado a los hombres de la aldea que nunca volvieron de los viajes ni de la pesca. De pronto, el viejo se volteaba hacia ellos y les decía que el ser del mar, padre del niño, le había dicho que aceptaba que le devolvieran a su hijo. El más sabio de los hombres conocía el lenguaje de los seres del mar.

En ese momento, el que portaba el churo² lo levantaba hasta sus labios y un sonido nacido de las entrañas del mar cubría la embarcación, corría sobre las aguas y subía al cielo con las ondas de vapor que

² Instrumento musical en forma de caracol.

nacían de las aguas calentadas por el sol. Era la señal para depositar sobre el agua la balsa con el cuerpo del niño-pezu que, bamboleante, iniciaba el viaje hacia lo desconocido. La balsa desaparecía y el más sabio de los ancianos ordenaba regresar: las velas se henchían y los remeros impulsaban la nave hacia la costa.

Los seres como yo éramos hijos de algún ser del mar, tal vez de una tortuga, quizá de un pez globo, de una anguila o, quién sabe, de un delfín. Únicamente el más sabio de los hombres sabía cuál nos había engendrado. Entregar el cuerpo al mar era permitirle que volviera con los suyos y así evitar que anduviera vagando por el mundo, asustando a la gente y haciendo daño.

Al ser un niño-pezu, yo tenía marcado mi destino. Un hecho lo agravó todo: mi madre murió después de alumbrarme. Yo debía morir y ser entregado al mar. Así sucedió. Pocos días después de mi nacimiento, sin madre que me amamantara, me dieron por muerto, me llevaron aguas adentro y en la balsa funeraria me dejaron al vaivén de las olas.

No me cuesta imaginar al viejo Q' mirando el mar a la espera de la voz, del sonido, o de la señal invisible para que mi padre me acogiera. Tampoco el sonido del churo y el suave chapoteo de las olas